



Vista interior del Monasterio de las Salesas.

UN PASEO

A LA PATRIA DE DON QUIJOTE.

ARTICULO III.

Argamasilla de Alba, ó si se quiere *lugar nuevo* (puesto que con ambos nombres es conocida esta villa entre los naturales) se halla situada en una estensa llanura y rodeada de huertas, molinos harineros, *quintanías* y alamedas. Su cielo es limpio, despejado y sereno. Las fétidas exalaciones de las pantanosas aguas del Guadiana, que bañan las casas del pueblo, hacen que los aires sean poco saludables. Distá la patria de D. Quijote (1) veinte y cinco leguas cortas de Madrid,

(1) Esto es indudable á todas luces—Cervantes lo indica claramente al fin de la PRIMERA PARTE de su obra y el reverendo que adoptó el supuesto nombre de Avellaneda para continuar *El ingenioso hidalgo*, encabeza de la siguiente manera la dedica-

seis de Ciudad Real su capital de provincia, y veinte de Toledo su diócesis.

Ya en el siglo XIII se hace memoria de Argamasilla con el nombre de *Argamasiella*, y se sabe que doscientos años despues fué destruido su caserío por una inundacion del Guadiana, á la manera que el del antiguo municipio Laminio, asentado tambien en el nacimiento de este rio caprichoso y extraño. D. Diego de Toledo, hijo de D. Fadrique y segundo Duque de Alba, reconstruyó la villa en tiempo de los Reyes católicos, y desde entonces se llamó *Lugar nuevo* y Argamasilla de Alba. (1) Por esta época debió comenzarse la obra de la Iglesia parroquial, porque las naves concluidas pertenecen á aquel género de arquitectura gótica

de su libro. «Al Alcalde, Regidores é hidalgos de la noble villa del Argamasilla, de la Mancha, patria feliz del hidalgo Don Quijote, lustra de los profesores de la caballería andantesca.» P. 1.º tomo 1.º Edición de Madrid—1805.

(1) *Anales de la orden de descalzos de la Merced*, por Fr. Pedro de San Cecilio.

ca, sencilla y correcta que dominaba en España á fines del siglo XV.

Los moriscos ocuparon la mayor parte de la nueva poblacion levantada por el duque, y como eran tan industriosos y frugales, la tierra de migajon y fácil el regado, se hizo opulenta la villa y tanto que en su lengua la llamaban ellos *Rio de la Plata*. Vino la malhadada espulsion y Argamasilla como otros muchos pueblos de la península empezó á decaer, cesó completamente la construccion de su magnífico templo y los hidalgos castellanos se refugiaron á villas de mayor importancia, dejando abandonadas sus casas solariegas. Una peste y un incendio mermaron la decaída poblacion en el siglo pasado y en el presente la guerra civil le ha hecho derruido teatro de sangrientos horrores.

Penetré por sus calles mal arrecitadas contemplando el triste aspecto de sus casas construidas de tierra y con un solo piso: unas ciento ochenta hay servibles segun los vecinos y no llegan á mil cuatrocientos los humanos habitantes que las ocupan (1). Me diriji á la plaza, centro comun de todos los lugares, y de allí á presentar las cartas que á prevencion llevaba para averiguar de los naturales lo que á mi propósito convenia.

A los pocos momentos visitaba la Iglesia, cuya principal fachada conocen ya mis lectores. Segun la planta el arquitecto quiso que tuviese tres naves y concluido el edificio sus elegantes pilares formados de delgadas columnitas, sus elevadas bóvedas y sus arcos ojivos hubieran sorprendido agradablemente al viajero y al artista; pero no se cerraron algunas cúpulas, y solo está practicable una parte del templo, adornada con retablos platerescos no de mala traza. Por ser la construccion mas fuerte del pueblo y ocupar casi el centro sirvió en esta última guerra de defensa á carlistas y liberales: la tostada frente de sus muros está maltratada por las balas y el incendio; y la lodada puerta de su principal frontispicio tiene aun por defensa un rebellin de tierra con apiñadas aspilleras.

En la plaza no hay árboles ni fuentes y las casas todas, esceptuando algunas que ostentan en sus portadas escudos de armas, son de miserable aspecto. Lo mal blanqueado de sus paredes, el polvo con que las cubre el viento solano de la llanura, sus desvencijadas puertas y la desigualdad de los tejados y techumbres dan á este lugar, como á otros muchos de la Mancha, un aspecto monótono y salvaje que repugna y entristece.—Las aldeas andaluzas, aunque pobres, con sus casas enjalbegadas, sus suelos aljofifados, sus

(1) Miñano en su Diccionario geográfico dá á este pueblo 126 casas y 4200 habitantes y Mador 246 y 1553 almas; pero yo estuve en Argamasilla mucho despues de la publicacion de la primera de estas obras y tengo algunas razones para desconfiar de la segunda en este punto y tener por mas seguros mis datos que debo á personas muy respetables del pueblo.—1.º porque en el *Diccionario geográfico, estadístico, histórico* etc. del Sr. Mador no se dice que Argamasilla fué la patria de D. Quijote, ni que allí estuvo preso Miguel de Cervantes Saavedra.—2.º porque ni una sola noticia histórica se dá de esta villa (en lo cual han seguido á Miñano).—3.º porque no se dice que el Argamasilla de Alba es conocida en la Mancha con el nombre de *Lugar nuevo* cuando las mas veces lo expresan los escritores hasta en los documentos públicos; y 4.º porque en el artículo perteneciente á la villa en cuestion se asegura que la Iglesia es sólida y magnífica, cuando está sin concluir y muy destruida. Condo que en el suplemento se llenarán estas lagunas tan notables en una obra de tantas pretensiones y tan digna de elojio por otros conceptos, pero en tanto doy mayor crédito á lo mío.

parrales, sus huertos y su limpieza toda, se asemejan á un campamento de blancas tiendas formado.

Mas dejamos la plaza y tomando por la izquierda, sin cuidarnos de lo ruinoso de la torre de la Iglesia, entramos en la *calle empedrada nueva*, que es algun tanto alegre y anchurosa. Muy al comienzo está la *casa de Medrano* donde segun constante tradicion se cree que estuvo preso Cervantes y dió principio á su obra inmortal. Mis lectores verán al fin de este artículo un fiel traslado de ella, tal como estaba entonces, pues posteriormente ha sido revocada y segun otros la han derribado, lo cual no estraña á juzgar por la repugnancia con que los manchegos hablan del Quijote y enseñan este curioso y tristísimo monumento de las desgracias del Príncipe de nuestros ingenios.

La fachada no puede tener mayor sencillez, las jambas y el dintel de la puerta son de piedra y sobre la cornisa se vé un escudo con casco y plumaje todo tan destrozado y relleno de cal que es imposible adivinar ninguno de los blasones: dos rejas salientes sin simetria alguna dan luz al interior del segundo piso; la de la derecha que es mayor está adornada con una larga caña de la cual pende un manojo de brezos y juncos secos, especie de muestra heróglífica adoptada en la Mancha por todos los taberneros y cosecheros de vino: un alero morisco corona el frontis todo.

El porton está desvencijado, y tiene por adornos gruesos clavos de hierro; penetré por su achatedo postigo que da entrada á un portal medianamente largo y del ancho de la portada: despues está el patio, guarnecido á la usanza árabe de cenadores, de una galería descubierta en el piso principal sostenida por seis columnas de piedra y dos pilares de madera con capiteles labrados. En los ángulos de los cenadores habia *tobosescas tinajas* de buen tamaño que encerraban el licor anunciado por la escoba de juncos. En el lado de la izquierda estaba el *sótano inmundado* que me traia á aquella casa de aciago recuerdo. Encendieron un candil y quitaron unas canastas de la puerta arqueada de aquella cueva, bajamos siete escalones y vinimos á dar á una bodega inhabitable, llena de muebles inútiles, de esteras, pedazos de tabla y cascotes de tinajas que cubrian el suelo terrizo de aquella lóbrega estancia, embarazando el andar. A los rojizos reflejos de la luz huyeron los ratones que habitaban descuidadas entre los trastos, y bandadas inmensas de correderas se pusieron en agitado movimiento: un olor insalubre y fétido despedia tan sucio conjunto. Aquel subterráneo está nueve pies mas bajo que el nivel del patio, tiene unas cuatro varas de ancho, seis y algunas pulgadas de largo, y una bóveda de yeso le cubre.

A la derecha de la entrada, en el testero, se conserva todavia un agujero profundo como de un pie, donde estuvo clavado el madero y la argolla que sujetaba la cadena con que amarraron al *manco sano*, al *famoso todo*, al *escritor alegre*, al *regocijo de las musas*!

—¿Qué bien se comprenden á la vista de tan horrible encierro aquellas amargas y melancólicas razones con que comienza el prólogo del Quijote! ¡!

(1) «Desocupado lector, sin juramento me podrás creer que quisiera que este libro, como hijo del entendimiento, fuera el más hermoso, el más gallardo y mas discreto que pudiera im-

¡Con cuánta verdad escribía desde este lugar á su tío D. Juan Bernabé Saavedra para que le diese amparo y protección: *Luego días y menquitas noches me falligan en esta cárcel ó mejor diré CAVENNA!*

Dé ninguna prisión puede decirse con más verdad que de esta aquella de «Todas las plagas de Egipto, todas las penas del infierno se cifran en aquel asqueroso albergue, donde se hallan corrompidos casi todos los elementos... Abunda la tierra de sabandijas, el aire de mal olor...» (1) Aquel ilustre anciano (2) en cuya frente hervía la sátira de un siglo y cuya poderosa espontaneidad le hacía marchar doscientos años adelantado de los sábios de sus tiempos, el fiero soldado que con la fiebre y con dos mortales heridas había defendido la gloria de España en las aguas de Lepanto, el que había intentado estando entre cadenas, y solo y rodeado de traidores, apoderarse; pero no he podido yo contravenir la orden de naturaleza, que en ella cada cosa engendra su semejante. Y así, que podía engendrar el estéril y mal cultivado ingenio mío, sino la historia de un hijo seco, avellanado, antojadizo y lleno de pensamientos varios, y nunca imaginados de otro alguno ¿bien como quien se engendró en una cárcel, donde toda incomodidad tiene su asiento y todo triste ruido hace su habitación?»

(1) *El Pasajero* 7, 286 de D. Cristóbal Suarez de Figueroa.
(2) Cuando Cervantes fué preso en Argamasilla tendria de 55 á 62 años.

rarse de Argel. ¡Cuánto no sufriría en este sótano y arrojado por tales gentes y por tal motivo!! Desgraciada condicion la del genio! ¡Cómo la virtud solo encuentra recompensa despues de la muerte!

Profundamente conmovido, con religioso respeto abandoné aquel lugar donde había estado preso Cervantes, donde se había engendrado el Quijote.

¿Qué causas concurrieron para la prisión de tan noble ingenio? ¿Qué tradiciones se conservan en la memoria de aquellas gentes sobre el origen del Quijote?

Esto será objeto del artículo IV.—Cruzando el Guadiana por uno de los húmedos puentes que lo encadenan, y por el sitio tal vez donde estaba Sanchica lavando cuando llegó el paje con las alegres nuevas de su padre el gobernador de la insula Barataria, desesperado por no hallar huellas de la casa del ingenioso hidalgo que un incendio había consumido, tomó la direccion del Toboso, patria insigne de Doña Dulcinea, para recoger nuevas que fueron muy de mi agrado y que creo proporcionarán saludable entretenimiento al desocupado que me siga en la relacion de mi paseo.

J. GIMENEZ-SERRANO.



Casa llamada de Medrino, en qua estuvo preso Cervantes, y comenzó á escribir el Quijote.

EL BARBERO DE UN VALIDO.

CRÓNICA DEL SIGLO XV.

VI.

LA PROCESION DEL CÖRPU8.

(Continuacion.)

Mas de las ocho serian cuando maese Blas salió del reducido albergue que le habían dado en el átrio de palacio, donde tenían tambien su cuartel los ballesteros, mosqueteros y jinetes del rey, y del cual estaba apenas separado el zaquizami del barbero por un tabique de tablas groseramente labradas y mal unidas. Así en el cuartel como en el átrio se sentía

grande estrépito y rebullicio; porque los soldados habían tenido que armarse de prisa para acudir á la formacion, en virtud de orden real por la que se les previno que estuviesen prontos, pues el rey no tardaría en bajar para asistir á la procesion. Las ocho serian como llevamos dicho cuando maese Blas se echó á la calle; y según ya tambien dejamos dicho en el capítulo precedente de allí á unas dos horas corrió entre la plebe de Setubal cierta voz de que se trataba de atentar contra la vida del rey; pero no llegó á pasar de un rumor vago é incierto. Los pecheros, sin saber fijamente por qué razon, acusaban á los hidalgos de traiciones horribles; traiciones que á decir verdad ninguno sabia, pero todos aguardaban con anhelo que se realizasen ó se desvaneciesen de una vez tan misteriosos y alarmantes rumores.

El reloj de sol colocado en uno de los ángulos de

la plaza de la villa apuntaba cerca de las once, cuando empezó á salir la procesion de la iglesia matriz, adónde el rey acababa de llegar, acompañado de todos los nobles que se hallaban en la corte. Eran estos además de los oficiales de su casa, el obispo de Evora, su hermano D. Fernando de Meneses, el duque de Viseo cañado del ray, Pedro de Albuquerque, el Conde de Penamacor, D. Gutierrez Cutiño, D. Alvaro de Ataide y su hijo D. Pedro, Fernan de Silveira y otros muchos hidalgos y caballeros que el rey holgaba mucho de traer consigo en las continuas correrías que con frecuencia hacía por las provincias, especialmente por las de Estremadura y Alentejo.

La llegada del rey hizo entrar al punto en buen orden á toda aquella multitud que debía ir incorporada en la procesion, y que, reunida en varios grupos, formaba á la puerta y aun dentro de las mismas naves de la iglesia, un indecible caos de pendones, estandartes, banderas, danzantes, apóstoles, reyes, emperadores, músicos, caballeros, profetas, diablos, santos, monjes, mugeres lascivas y rabís venerables; cada cual vestido con su traje adecuado, y haciendo los ademanes propios del papel que representaba. Las tabernáculos de las cercanías habianse ya á aquellas horas desocupado; mas el divino licor se trasladó muy á las claras en las faces rubicundas de los alegres danzarios y juglares que se ensayaban entretanto con todo esmero, saltando y haciendo gestos y visajes para desempeñar á cual mejor sus papeles en el muy devoto y angelical auto de la procesion del Corpus.

Los jinetes de la guardia empezaron á apartar repentinamente el tropel de espectadores con aquella cortesía propia de soldados de un príncipe padre de su pueblo; lloraban los labios sobre los inertes cuerpos de los fieles vasallos del rey: aquí un caballero reirrenando su corcel lo hacia recular sobre un enjambre de mugeres aplañadas á la pared, y una ú otra venía á caer bajo las patas del pobre animal que sudaba con el peso de su caparazon de hierro; allá un ballestero asentaba su manopla sobre los hocicos de algun badulaque que sacando la cabeza por la fila, le empujaba y hacia salir de formacion; aquí un viejo atropellado gemía tendido en el suelo; acullá flotaba una criatura perdida. En el otro lado una cuadrilla de perros quimeristas venían á caer en revuelto torbellino y con acompañamiento de ladridos, ahullidos y dentelladas, en medio de las diminutas filas de los mosqueteros que en vano querian sostener el orden de parada defendiéndose de los iracundos canes con las culatas hasta que lograban exterminar á una de ellos.

Acadia entonces el dueño del animal asesinado y agarrábase con el mosquetero, el cual dirijia brevemente la contienda, haciendo con su formidable arma un movimiento de rotacion, y dando con ella en el pecho al honrado ciudadano que echando bocanadas de sangre iba rodando al suelo. En fin veíase á una simple ojeada, que el pueblo se hallaba libre de la tiranía de los hidalgos, y que habiendo ya corregidores en las tierras de los donatarios de la corona, la nacion era libre, respetada y feliz.

Serenóse poco á poco la revuelta y la procesion comenzó. ¿Pero dónde estaba maese Blas? maese Blas estaba subido en el escalon de una puerta en la calle de la Anunciacion ó del Trono como hoy se llama, y ya llamaba así el muy sincero é imparcial historiador Garcia de Resende. Esta puerta pertenecía á una casa de esquina, cuyas ventanas, con grande asombro del barbero estaban cerradas, del mismo modo que la puerta. Calculó maese Blas, y calculó bien, que estando todo cerrado, ninguno le incomodaría si se colocaba en el umbral de la puerta. Encarámose pues allí, y aguardó á pié firme á que llegase la procesion. No tardó en desembocar esta por el extremo de la calle, y vió no sin un dolor íntimo y profundo que en pompa, maravilla y grandeza, el corpus de Setubal se dejaba muy atrás al de su muy querida ciudad de Evora (1).

(1) En esta descripción nada inventamos; hemos recogido todo lo que aquí se dice de los reglamentos que antiguamente se usaban para el orden y ceremonial que debía observarse en la

Á la cabeza de aquel numeroso concurso venia una judenga ó danza de judíos, precedida de uno que hacia de rabí con el torá ó libro de la ley en la mano. Como en los gobiernos representativos son los primeros cargos que están vacantes, y aun los que no lo están, para los miembros de la oposicion, y para los que mas alto gritan contra el ministerio, así en la procesion del Corpus llevaban la delantera los que blasfemaban de Cristo. Tal vez ninguno se hubiera imaginado que en el ceremonial de una procesion del siglo décimo quinto se encerrase el embrión de un principio político del siglo décimo nono:—Pues allí verán lo que es el mundo.

Á la danza de los judíos seguía por su orden el gremio de los herreros con su pendon; y en este lugar se divisaba un hombre vestido de colores, cintas, galones y cascabeles, haciendo gestos y visajes con arco y flechas en la mano; era el *segadorio* ó *sugadorio* (del latin *suglarius*, flechero). Abriase éste á cada calle, ora fingiendo gran terror en sus gestos y ademanes, ora plantándose y encarándose con postura y semblante amenazadores y propios del capitán *Horribilioribus* de la antigua comedia alemana. Corria delante de él, cuando él corria, y se alejaba cuando él daba pasos adelante; una serpiente gigantesca pintarrageada del mas extraño modo, por debajo de cuya barriga se veían los pies de los hombres que la llevaban, sin que bastase á encubrirlas una selva ó floresta en que la serpiente aparentaba ir metida. Esta parte de la procesion correspondia á los carpinteros, que tambien llevaban una danza de gitanas.

Detrás de ellos venian los hortelanos con un auto ó entremés que representaba una cacería; veíase en él un rey y un emperador; un oso y monteros; un carro y hombres armados de chuzos y venablos, todo á la antigua, conforme rezaba el reglamento de la procesion.

Iban en pos de la cacería los pilotos, calafates, galeotes y demás gente de la marinería llevando una carabela sobre ruedas, la cual era cosa digna de ver con su cordaje, velamen y jarcias; hecho todo ello con la mayor propiedad; y delante caminaba San Pedro con sus barbas blancas y las llaves en la mano.

Seguíase á estos una cuadrilla de bufones y juglares vestidos de mil extravagantes maneras, haciendo muecas é indecencias, con las que la devocion popular crecia, como es de suponer. Inmediatamente despues de estos venian los albañiles y canteros muy graves y sesudos, con castillos en las manos de esquisito trabajo, y su correspondiente pendon. Acompañábanlos las verduleras, pescaderas y fruterías rodeando á dos mozas desenvueltas, una de las cuales iba bailando en pié sobre los hombros de la otra que tambien iba danzando; cosa estupenda y á la que el pueblo embelesado prestaba grandísima atencion; á estas danzantes las daban el nombre de *pella* (1), sin duda derivado de la palabra *pellex*, por ser su significacion mas natural y exacta. Las mugeres que rodeaban á las dos que iban danzando, corrian de un lado á otro como bacantes, tocando al propio tiempo adufes y panderos; todo lo cual les estaba ordenado por el reglamento del auto.

Llegaba el turno de los barqueros que venian escoltando á una tremenda y gigantesca figura, la cual representaba á S. Cristóbal y llevaba agarrado al cuello un niño Jesus.

Una de las cosas mas maravillosas que en el auto habia era la figura que representaba á San Juan el Precursor con su zurrón y cayado, muy bien puesto, la cual daban los zapateros. Delante iban doce pastores y doce monjes con unas rabas muy

procesion del Corpus-Cristi; y alguna cosa que en ellos faltare está tomada de lo que yo he visto en tales procesiones segun personas dignas de crédito nos han contado: lo que si hemos hecho ha sido cambiar á veces el orden del espectáculo, para hacer sobresalir mas los contrastes.

(1) En España desempeñaba este papel un muchacho á quien tambien se llamaba *pella*.

largos tan al natural, que se engañaban los ojos. Seguía la danza de los viejos: era una cuadrilla de viejos y viejas, con rosarios hechos de agallas de roble en las manos y que hacían muchas contorsiones, bailando con mas desenvoltura de la que á primera vista prometía la mucha edad que representaban.

En pos de estos venía el *dragon*: era este un reptil espantoso con dos alas de desmesurada magnitud, y pintadas la boca y narices de vermellon imitando sangre: la dama del dragon bailaba delante de él con otro danzante haciendo mimos y caracas á la fiera, que conservaba toda su gravedad, como cosa muerta que era.

Aquí seguía durante un largo trecho la procesion compuesta de varios comparsas y bailes, formados unos de moros esclavos, otros en que los danzantes peleaban armados de espadas, y otros finalmente en los que las figuras representaban sátiras y ninfas en competencias amorosas, sumamente euficativas y morales, como es fácil de imaginar; todo para mayor honra de Dios y exaltacion de la fe.—En este lugar y detrás de las dichas comparsas era donde venía el bienaventurado San Jorge, santo imaginario que los ingleses ingirieron en el calendario portugués en tiempo del Rey D. Fernando I, con ocasion sin duda de la guerra que entonces sostuvo Portugal contra Castilla, y que invocado desde entonces en las batallas, quitó muchas veces á Santiago la honra de que su nombre sirviera de grito de guerra. Venía el patrón del reino cubierto de una armadura completa azul y dorada (1), sobre un brioso corcel ricamente enjaezado, con sus escuderos, pajes y caballos del diestro; tan lozano y erguido, que si de palo no fuera, y amen de eso santo, mas de una doncella se enamorara de él. Era este uno de los *pasos* de la procesion del *Corpus* que mas agradaba al respetable público ó público ilustrado (que de ambos modos se le acostumbraba á llamar en carteles y anuncios); de

lo cual mucho se envanecían los cereros, rosarieros y doradores, á cuyo cargo estaban los adornos y aco upañamiento del bienaventurado santo.

Debemos, antes de pasar adelante, observar en este punto, al cual podemos llamar centro, alma, nudo ó fuerza de la procesion, que por brevedad omitimos los estandartes, cofradías, danzas, *folias*, reyes y emperadores que cada oficio, ó dos, tres, y cuatro unidos llevaban, diseminados aquí y acullá; porque tan minuciosa descripción fuera nunca acabar. Baste decir que solo de reyes había los bastantes para surtir á todos los pueblos de Europa, y de razonable porcion del Asia.

(Continuará.)

LEMONO GR.

GEROGLIFICO.



La solución en el número próximo.

(1) Cualquiera puede verlo hoy día en la fiesta del *Corpus* de Lisboa de la misma manera que aquí se describe.

POESIA.

LA VIDA EN LA ESPERANZA. (1)

IV.

Sonando locas quimeras,
de enamorada ternura,
vive la honesta hermosura
en su feliz soledad:

Feliz, pues ya en sus dolores
cabe una dulce esperanza;
y tambien su influjo alcanza
á su hechicera beldad.

Mustios y tristes sus ojos
de tórtola amante y tierna,
no asombran ya con la eterna
risteza de su mirar;

Antes bien, brillan sus puros
rayos de amor hechiceros,
cual de la luz los luceros
sobre el azul de la mar.

Se ostenta erguida su frente
sobre la eburnea garganta;
su seno el placer levanta
con trémula oscilación;

(1) Este lindísimo cuento ha sido escrito para formar parte de la interesantísima novela *La enferma del corazón*, que el señor Larrañaga está publicando en la *Semana Pintoresca*.

Que bajo el cuerpo de nieve,
de fuego un alma se agita,
y de amor tiembla y palpita
un fogoso corazón.

Su roja púrpura el lirio
derramó ligeramente
sobre la pálida frente
de aquella hermosa muger;

Y un rojo clavel de Italia,
en dos mitades partido,
formó para amor un nido
entre los labios de Ester.

La palma dió á su cintura
su flexible movimiento;
el ámbar dejó en su aliento
su mas purísimo olor:

Y las brisas de Occidente
prestaron á su hermosura,
el encanto y la frescura
de su cielo encantador.

Ester, en fin, revivía
con la esperanza traidora
que brilló, cual blanca aurora,
en la noche de su mal;

Y su corazón quemado
por vehemente desvario
se abría al suave rocío
de un amor puro, ideal!

Sonó que el gallardo joven,
que rondador de sus rejas
la enviaba dulces quejas

de las ondas al rumor.

Era un ángel, disfrazado
con el traje de la tierra;
pero cuyo amor encierra
el paraíso de amor.

Todas las noches cruzaba
por la orilla de aquel río,
y en el torreón sombrío
sus ojos iba á clavar;

Y el sol allí le encontraba
al morir sus luces bellas,
y allí, al morir las estrellas
le volvían á encontrar.

Cruzáronse en un principio
saludos de cortesía;
mas, amor con cobardía
nunca es verdadero amor;

Y D. Enrique Cardona,
que así el doncel se llamaba,
con tal trenesi adoraba
que era imposible mayor.

Cambiáronse amantes señas,
primero desatendidas;
mas despues correspondidas
con ternura angelical:

Y de la torre volaron
como palabras de amores,
hasta Enrique, honestas flores,
prendas de amor inmortal.

Siguiéronse tiernas cartas,
que hacen siempre heridas ciertas:

y amor, de cenizas muertas
encendió ardiente pasión:

Y aunque á la torre apuntaban
mensajeras de él las flechas,
se iban á clavar derechas,
de Ester en el corazón.

Bebió un activo veneno
en cartas tan seductoras;
siempre son fascinadoras
las esperanzas del bien!

Y los amantes que sueñan
las flechas porque suspiran,
sólo sus encantos miran,
sus infortunios no ven!

Verdad es, que el que idolatra
con frenético delirio,
sufré de amor el martirio
por un sueño seductor:

Que mil siglos de amargura
compansa con mucho exceso,
la miel que destila el beso
de una mujer con amor.

Dos meses han transcurrido
en tan dulces aventuras:
sus am rosas locuras
deben á su fin tocar:

Pues del portugués hidalgo,
ausente á otra tierra extraña,
el pronto regreso á España
vino una esquila á anunciar.

Temblo la esposa: y sus ojos
se convirtieron en mares;
negros y horribles pesares
presintió su corazón:

Infel se creyó y culpable;
y tan infeliz su suerte,
que juzgó hermosa la muerte,
en su desesperacion!

Prevenir, cuándo esperaba
desde su reja sombría
á su amante; mas al día
la noche hundió en su capuz:

Y otras dos nuevas auroras,
dieron lumbré al limpio cielo;
no á su corazón consuelo,
que a amor no la dió su luz.

La ausencia extraña del joven
lloraba Ester, harto inquieta
un día, y oyó secreta
la puerta del cuarto abrir:

Volvióse, con la esperanza
de un deseo inexplicable,
y de espectro formidable
al punto se sintió asir.

Era D. Blasco Pereyra,
su fiero y despota dueño,
el que en su azaroso sueño
creyó amante aparición:

Le oyó murmurar palabras
que su alma hicieron pedazos,
luego él la tendió sus brazos,
y la sacó del salón.

V.

La esplicacion que tendrían
debió de ser borrascosa:
tres horas pasado habían,
y aun platicando seguían
el portugués y su esposa.

Poniéndonos á escuchar,
fácil nos será el oír
lo que aun queda por hablar;
y esto más podrá orientar

en lances que han de seguir.

Ester llorando, exclamaba:
«Concededme lo que os pido:
mi resignacion se acaba!
Soy verdugo, y no marido;
ser quiero esposa y no esclava!

Y no creais me lamentó,
porque en triste soledad
y en oscuro apartamiento
mis horas de vida cuento
en negra cautividad;

No; porque en ella, aun el cielo
le concedió alivios suaves
á mi continuo desvelo,
en el cantar de las aves,
y en ese astro de consuelo!

Me lastimo únicamente,
de ver que mi juventud,
se agosta así inútilmente;
pues vos mudo, indiferente,
culpais hasta mi virtud.

Me duele, en verdad, señor,
qué á quien os brinda amistad,
aunque vos la deis dolor,
aun la exijais torpe amor;
sí, que el vuestro es liviandad.

Que no basta el santo nudo
con que se enlazan los seres,
para que de honor desnudo,
exija un despota rudo
mil vergonzosos placeres!

Respetad mis amarguras;
y pues vivo desterrada
en mis estancias oscuras,
no lleguen auras impuras
á esta mujer desolada.

Vos sois mancebo y galán,
vivo en amor y en deseos;
ved pues, que en mi triste afán
nunca cebo encontrarán
vuestros locos devaneos.

Buscad las torpes delicias
que embriagado soiséis,
y del placer las primicias,
en las mundanas caricias
de mujeres que halagéis;

Mas en la esposa severa,
que por dulce compañera
os dió en el ara el Señor;
amad la virtud austera,
que es del alma única flor.

Y si os causa mi tristeza,
y os lastima mi desvío,
que es ya en mí, naturaleza,
dejad guardar mi belleza
un monasterio sombrío.

Esa esperanza alimento:
en un oscuro convento
pasar mis floridos años,
en útiles desengaños
ocupado el pensamiento.

Derecho tengo á exigir,
que se me deje vivir
en religioso misterio;
hasta que llegue á morir
en el santo monasterio!

Sí; yo en él, confrita y sola,
cual una humilde anapola,
viviré ufana, señor;
que en las horas del dolor,
mas la virtud se acrejola!»

Blasco Pereyra empuñó
maquinalmente la daga;
su vista en Ester clavó,
y con voz que su ira apaga,
confusamente así habló:

«Vuestra virtud?... es verdad;
no debó á tan noble esposa
culpar en su honestidad...
Pobre lástima amorosa
presa en tal cautividad!

Con qué no podeis sufrir
las caricias que os prodigo?

Mi amor os dá qué sentir?
Queréis en mí un tierno amigo,
no un marido?... Hay que reír!

Olvídis que, al ser mi esposa,
salvásteis en su opinion
á un padre? Y no es fácil cosa,
aunque él descansa en la fosa,
le pierda en su estimacion?

Creéis que con ellos muera
la fama de los traidores?
Nunca, no; y cuando yo quiera,
de su honradez siempre austera
mancharé los resplandores.

Yo haré que á su tumba un día
intente el pueblo acudir
á afrontarlo.

—Ay Virgen mía!

—Quizá su ceniza fria,
por el aire haré esparcir!
Y de sal vereis sembrado
el hogar de sus mayores;
y su nombre dislamado;
y así me hallaré vengado
de vuestros frios amores!

Llorad, Señora, en razon;
mas ya lágrimas no incitan
mi pecho á la compasion,
antes en el alma escitan
mayor desesperacion.

Decís, que ardiente y soldado
busco en livianos placeres
el que en vos nunca he encontrado,
y que loco, enamorado,
vivo entre locas mujeres!

Y qué sabeis los trofeos
que mi liviandad alcanza,
y los torpes devaneos
á que de impuros deseos
el vano anhelar me lanza?

Y asegurais, que prefiero,
á mi solitario hogar,
la vida de aventurero,
la fama de bandolero
al nombre de militar?

La infame y ruidosa orgía
á la dulce compañía
de la esposa siempre esclava!
Esto digistes?... Se acaba
pardier, la paciencia mía.

No lo niego, avaro soy
de los mundanos placeres;
por ellos mi vida doy!
Mi vida son las mujeres;
por ti aborrézcolas hoy.

Que yo he soñado en tu hechizo
placer que no satisfizo
ninguna amante hermosura;
para el placer amor te hizo;
fuera en tus brazos locura;

Mas tu virtud me los cierra,
y me rehusa el perfume
que el cáliz de amor encierra
en esa flor de la tierra,
que de amores me consume!

Pretendes, ingrata, huir
á un oscuro monasterio,
y tras s s verjas vivir,
y entre sus tumbas morir
en religioso misterio?

Tanto os asombra mi amor?
O tal desprecio os inspiro?
No hay para mi amante ardor
de placer nunca un suspiro,
cuando hay tantos de dolor?

Si fueran, señora, celos
los que os tuvieran quejosa,
hago festigos los cielos
de que mis tiernos desvelos
consagraria á mi esposa.

Mas, aunque escucho os quejais
porque enamoro mugeres:
y en rostro tal vez me echais
que como infames placeres,
por los que vos me negais;

No presumo lo decís
reiosa ni despechada;
ni tuenos que lo sentís:
pues si es cierto que sufrís,
no es del mal de enamorada!

Aunque digo mal, señora,
arde en vuestro corazón,
jigante, dominadora,
la llama fascinadora
de una infinita pasión.

Vive en vuestro entendimiento
aunque está muy escondido,
un amante pensamiento
que os turba todo el sentido
en su dulce arrobamiento.

Y aunque aparenteis vivir
indiferente y en calma,
he llegado á descubrir
el fuego que hizo nutrir
un volcan inmenso al alma!

En fin, Ester, yo he venido,
no cual tierno enamorado
á buscar ese florido
seno, en donde amor su nido
debió tenerme guardado;

Sino ardiendo de despecho,
y aun embrazando la lanza,
á desgarrar nuestro lecho,
y rompiendo vuestro pecho,
á llevarme sus esperanzas!

Yo bien sé la que alimenta;
ya descubrí la verdad,
y hoy vengo á pedir os cuenta
de mi honor y vuestra afrenta:
Ester, oídme y temblad!

Una noche, no os recato
ni desuman, en Flandes, ciego
perdí el oro al juego ingrato;
y un alférez en el juego
me ganó aun vuestro retrato.

Al ver la imagen pintada
adiviné en su mirada,
perdía él su corazón:
mas él ganó la jugada
y se ausentó del salón.

Aunque en Flandes la campaña
seguía, él partióse á España,
Cobarde fué el oficial;
por ver el original
dejó de ver tanta hazaña.

Varios locos capitanes
le hablaron de los desmanes
que cometí con mi esposa,
y escitaron su amorosa
pasión con vivos afares.

Todo su plan descubrí,
y soñando en la venganza,
de Flandes tras él partí:
celoso, enfermo caí;
terrible fué mi tardanza!

Pues en esos breves dias
ya en amantes alegrías
se trocaron los enojos,
y fascinada en sus ojos
supe que por él vivías.

Tú le amas!...
—Yo?...
—La persona
ese loco amor abona;
y no es justo que me piquen
que bien vale D. Enrique...

—D. Enrique!...
—de Cardona!
Joven gentil, de Aragón
rico hombre, apuesto, y soldado
tan tierno... mas no es razón

pondere su corazón...
sus cartas os la han pintado
Vallad aquí:

—Virgen mia!
¿Quien traieron?...

—Vano despecho.
Nadie, señora, os vendía,
sino el sueño. Ester dormía:
yo las saqué de su pecho!

Sin duda há pocos instantes
que estos billetes amantes
os arrullaban, paloma:
lentos están del aroma
de sus besos delirantes!

Bien prueban vuestra falsía;
cierta es la deshonra mia!
—Señor, nunca os ofendi!
—Vuestra vida os pido aquí.
—Tomad primero la mia!

Así gritó un caballero
que se interpuso altanero
entre la daga homicida
y la victima rendida
ante su verdugo fiero.

El portugués exclamó:
—¿Quién eres?

—¿Quién? Tu rival.
Aquí Ester se desmayó,
cuando hácia el jóven corrió,
cayó á sus plantas mortal.

—Bien me informó la mulata;
supe que llegaste ayer,
y que tu enojo arrebató
mis tiernas cartas á Ester,
y que hoy tu furor la mata.

Mas yo compré á peso de oro
la entrada, y con este acero
vengo á salvar la que adoro
y no ofendo su decoro;
porque soy un caballero.

—Deja que te sacrifique
junto á la infame.

—La abona
su honor. Justo es lo publique.

—Ya, la abona D. Enrique?
—Cierto: Enrique de Cardona.

Y en fin, si aunque eres malvado
noble el traje de soldado
te impide ser asesino;
hasta ella hallarás camino
por mi corazón rasgado.

Que juro mia ha de ser
esa peregrina Ester,
sino es esposa de Dios...

—Antes uno de los dos
para siempre ha de caer.

—Ah traidor, tu muerte es cierta:
bien lidias, y haces alarde
de un valor... Gané la puerta:
tal brío mal se concierta
en corazón tan cobarde!

—Caí.
—Y á mis pies estás.

—Y á Ester me roban tus brazos?
—Mia ó de Dios!

—Oh! jamás!
Hazine el corazón pedazos!
—Nunca, nunca la verás!
Y Enrique se fué alejando
por el jardín, sin estruendo,
su Ester en brazos llevando;
y el portugués espirando
quedó en tierra maldiciendo.

VI.

A un gótico monasterio
á diez millas de Carmona,
D. Enrique de Cardona
llegó con grande misterio:
Y á las hijas del Señor

confió su hermosa Ester,
que era en forma de muger
el serafín de su amor.

A su nombre hizo ante el rey
la súplica competente,
y á un divorcio legalmente
autorizó á Ester la ley.

El portugués mal curado
de su herida peligrosa,
maldijo á su pobre esposa
y al rival afortunado.

Mas no debiendo luchar
contra la ley temerario,
y aquel claustró solitario
no pudiendo profanar.

Su pena al olvido dió;
buscó orgías y mugeres
y exhausto por los placeres,
al escándalo llegó.

En tanto, en dulce retiro
vivió la trista hermosura,
alterando la clausura
con mas de un tierno suspiro.

Y en áspera penitencia
ciñóse un duro cilicio,
é hizo ante Dios sacrificio
de su amor y su conciencia:

Y muchas noches de hinojos,
ratificó ante el altar
al caballero olvidar,
de los hechiceros ojos:

Mas rebelde el sentimiento
en sus entenas nutrido,
para ponerle en olvido
le acordaba al pensamiento.

Y solo para apartar
su memoria de su mente,
era fuerza eternamente
su memoria recordar!

Si hallaba un rojo clavel
al pasear por el huerto,
en su cáliz místico y yerto,
á Enrique miraba en él.

Que aunque galán, á su lado
al despedirse le vió;
que rojo y místico cayó
de amor oculto abrazado.

Ya recordaba otra vez,
en las estrellas serenas,
de sus mejillas morenas
la lánguida palidez.

Y de la luna en el rayo
tibio, misterioso y bello,
lo suave de su cabello,
y de su frente el desmayo.

Y en el tierno ruiseñor,
huésped de la selva hojosa,
la música deliciosa
de sus palabras de amor.

Y del aura en los murmullos,
y en el eco de las brisas,
de sus amantes sonrisas
los hechiceros arrullos:

Y en la luz viva del sol,
esplendorosa y luciente,
el bizarro continente
de su gallardo español.

Y hasta en la noche sombría,
de su Enrique la tristeza;
que su varonil belleza
en todas partes veía.

Y no era, á fé sin razón,
mirarse do quier pintada
la imagen que iba grabada
en su amante corazón:

Ni era de extrañar tampoco
que así de Ester la ternura,
rayase al fin en locura,
que ella á Enrique hizo antes loco.
Y que él es loco, es verdad,
que aunque el juicio no ha perdido,

ya sin alma, y sin sentido,
busca en la muerte piedad.

Dos meses pasó rondando
las dobles murallas gruesas
del jardín, y las espesas
celosías espiando;

Sin llegar nunca á saber
si en tal sepulcro cautiva,
era muerta ó era viva
su siempre adorada Ester.

Que esta, sus votos cumpliendo,
huía la tentación,
en su herido corazón
hiel de amor siempre vertiendo.

Solo un día, aciago fué
para la amante infeliz,

un impensado desliz
la robó á Dios y á su fé.

Crejó, en la noche desierta,
entre el silencio profundo,
oír un ay moribundo,
del huerto umbrío á la pueria.

Sintió su cuerpo temblar,
y en violenta oscilación,
palparla el corazón,
del pecho al querer saltar.

Intentó huir: mas veloz
su planta, trémula, incierta
tropezó; cayó en la puerta,
y otro ay espiró en su voz.

Alguno oyó su lamento,
reconocerle debió,

y al punto un papel cayó
en la huerta del convento.

Ester se hallaba aun de hinojos,
y ya en la tierra veía
la esquila: aspid parecía
que envenenaba sus ojos;

Pues cien veces los cerró,
y al mirarla con espanto,
en las gotas de su llanto
toda el alma la envió.

Y como fuera de sí,
después la cogió violenta,
y muda y con marcha lenta
desapareció de allí.

(Concluirá.)

G. ROMERO LARRAÑAGA.

Siendo mucho mas numerosa que esperábamos la tirada que es preciso hacer de la portada, índice y pliegos de regalo que han de contener la conclusion del Siglo, y mas complicada que creímos su composición, no nos es posible distribuirlos aun; avisaremos oportunamente á nuestros suscritores así que estén disponibles, y desde luego les aseguramos que nada perderán en este retraso involuntario, pues aunque no lo ofrecimos pensamos ilustrarlos con grabados.

Aun no ha terminado el Sr. Príncipe la leyenda cuya conclusion hemos ofrecido regalar á los suscritores que han renovado su abono por medio año, á contar desde primero de Enero, pero está á punto de acabarla; tan luego como nos entregue el original procederemos á la impresion y avisaremos á la mayor brevedad posible.

Agradecidos á la extraordinaria acogida que han tenido los números publicados desde principio de año, de los cuales varios están á punto de agotarse, y otros hemos tenido que reimprimirlos, pensamos presentar láminas mas esmeradas aun que las que se han publicado y artículos variados y amenos debidos á nuestros mas distinguidos escritores.

En el número próximo se publicará la descripción de las Salesas.

En vista del gran número de suscritores á la España Pintoresca, que han querido continuar siéndolo al SEMANARIO, hemos resuelto, para darles una prueba de nuestro reconocimiento, que todas las suscripciones cuyo importe tienen satisfecho no empleen á contarse hasta este número, dejándoles gratis todos los de Enero.

PELIGROS DE MADRID.



La Grippe hace volar los hombres facultativos.